

# ARQUÍLOCO

## *Dos poemas*

*Versión y nota de Jorge Hernández Campos*

El mercenario lleva todos sus activos entre el pecho y la espalda. Una estocada rápida, de no más de cinco centímetros de profundidad, y los activos y su dueño –en menos de lo que dura un parpadeo– desaparecen como si nunca hubieran existido. El hecho impregna la vida del mercenario de una melancolía que ninguna soldada pueda disipar. Esa melancolía es el tema principal de Arquíloco (siglo VII a. C.), que fue mercenario toda su vida. El poema que sigue es un buen ejemplo de ello. Y lo presento aquí en mi versión.

### I. LA QUEJA DEL MERCENARIO

Me dan dentera  
esos oficialillos barbilindos  
que se pavonean por el campamento  
con sus escudos labrados,  
al aire las cabelleras  
perfumadas.  
Creen saber ya  
todos los secretos  
del arte militar.  
Yo prefiero  
mil veces a esos otros camaradas  
chaparros, peludos y burdos,  
y que recién llegados del surco  
no te traicionan  
en el campo de batalla.  
Con sus piernas velludas  
y zambas  
siempre acuden si en las refriegas  
te ven en apuros.  
Esos camaradas,  
hediondos a mierda  
y a sudor, son para mí  
más elegantes y bienolientes  
que todos los aristócratas  
de Atenas juntos.

Dame, oh Palas  
Atenea, memoria  
y que recuerde yo el nombre  
de aquel agricultor pestilente  
que me salvó la vida cuando estaba  
un espartano a punto de degollarme.  
Prefiero mil veces  
a esos soldados chaparros  
peludos y burdos,  
que recién llegados del surco  
no te traicionan en el campo de batalla.  
Cada uno de esos compañeros,  
con sus piernas cortas y zambas  
es, de la cabeza a los pies,  
todo corazón. —

### II. AUTORRETRATO

En mi lanza  
llevo ensartados panes.  
Por mi lanza  
escurre vino de Ismaros.  
Apoyado en mi lanza,  
de pie, en el alto,  
sano, sereno, impasible,  
como y bebo. —